

Del uso público de la historia

La quiebra de la visión oficial de la República Federal de Alemania

Jürgen Habermas

Jürgen Habermas es filósofo.
Este artículo apareció en
Die Zeit, 7 de noviembre de 1986.

El lector del circunspecto artículo publicado por Ernst Nolte en *Die Zeit* el 31 de octubre de 1986 y que no haya seguido el emocional debate que se ha desarrollado en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, tendrá la impresión de que aquí se está discutiendo sobre detalles históricos. Pero en realidad se trata de dar traducción política al revisionismo que ha aparecido en la historiografía contemporánea y que algunos políticos del gobierno conservador están exigiendo ansiosamente. Tal es la razón por la que Hans Mommsen sitúa la controversia en el contexto de una «reestructuración del pensamiento histórico y político»; su artículo publicado en el número de septiembre-octubre de *Merkur* constituye la aportación más extensa y sustancial al debate hasta ahora. La cuestión central es la siguiente: ¿de qué manera se da cuenta del periodo nacionalsocialista en la conciencia pública? Porque a medida que aumenta la distancia temporal se hace necesaria una «historización», de una forma u otra.

Max Baur,
nueva Cancillería del Reich
(Sala de mosaicos)

Max Baur,
galería exterior del Estadio
Olímpico del Reich

Hoy se hacen mayores ya los nietos de aquellos que al final de la Segunda Guerra Mundial eran demasiado jóvenes como para cargar con alguna culpa personal. Sin embargo, lo que se sigue de aquí no es un recuerdo distanciado. La historia contemporánea continúa fijada en el periodo que va de 1933 a 1945. No sale del horizonte biográfico de los historiadores, permanece enredada en aquella gama de emociones y reacciones, muy diversas sin duda según las generaciones y las posiciones políticas, que siempre tienen idéntico punto de partida: las imágenes de las rampas de los campos de concentración. Sólo en los años ochenta se ha tomado amplia conciencia pública de este traumático no-querer-pasar de una imperfección moral marcada a fuego en nuestra historia nacional, y lo fue con motivo del 50 aniversario del 30 de enero de 1933, del 40 aniversario del 20 de julio de 1944 y luego del 8 de mayo de 1945. Y sin embargo, barreras que todavía ayer eran sólidas, parecen quebrarse.

Memoria de las víctimas, memoria de los verdugos

En los últimos tiempos prolifera la publicación de memorias de aquellos que durante decenios no pudieron siquiera hablar de lo que habían sufrido. Pienso en Cordelia Edvardson, la hija de los Langgässer, o en Lisa Fitko. Hemos podido seguir el proceso casi físico del trabajo de memoria en escenas en las que un implacable Claude Lanzmann suelta la lengua de las víctimas de Auschwitz y Madjanek. En el caso de aquel peluquero, el terror petrificado y mudo se articula por primera vez en palabras, y ya no se sabe bien si hay que seguir creyendo en el poder liberador de la palabra. También del otro lado salen de nuevo ciertas palabras de bocas largo tiempo cerradas, unas palabras que, por buenos motivos, no habían vuelto a ser pronunciadas, al menos en público, desde 1945. Impasible, la memoria colec-

tiva produce del lado de los verdugos fenómenos diferentes a los que acaecen del lado de las víctimas. Saul Friedländer ha hablado del abismo que se ha abierto en los últimos años entre el deseo de normalizar el pasado, por parte alemana, y la intensificación de la reflexión sobre el Holocausto, por parte judía. Por lo que a nosotros respecta, una ojeada a la prensa de las últimas semanas no hace sino confirmar este diagnóstico.

En el proceso de Frankfurt contra dos médicos que habían participado activamente en los programas de eutanasia de la época nazi («*Aktion Gnadentod*») el abogado defensor fundamentó su demanda de recusación contra un psiquiatra de Göttingen aduciendo que dicho experto tenía un abuelo judío y que por consiguiente podría tener reacciones emocionales. La misma semana Alfred Dregger [presidente del grupo parlamentario de la CDU/CSU] manifestó en el Bundestag una preocupación análoga: «Son inquietantes la falta de conciencia histórica y de respeto por la propia nación. Sin un mínimo de patriotismo, que en otros pueblos se da por descontado, nuestro pueblo no podrá sobrevivir. Manifestamos nuestro rechazo contra aquellos que abusan de la llamada “superación crítica del pasado”, que sin duda fue necesaria, y que hacen a nuestro pueblo incapaz de afrontar el futuro.» El abogado desliza un argumento racista en un proceso penal, el presidente del grupo parlamentario pide una resuelta relativización de la carga del pasado nazi. ¿Es de verdad tan casual la coincidencia casual de ambas manifestaciones? ¿O es que poco a poco se va difundiendo en esta República un clima espiritual en el que eso simplemente es coherente? Recordemos también la espectacular exigencia de un conocido mecenas en el sentido de que deje de «censurarse» el arte de la época nazi. Y luego el canciller, con su fino sentido histórico, traza paralelos entre Gorbachov y Goebbels.

En el escenario de Bitburg se habían traído a colación ya tres elementos: el aura del cementerio militar debía despertar el sentimiento nacional y con ello la «conciencia histórica»; luego la concatenación entre las fosas comunes del campo de concentración y las tumbas de los ss en el cementerio de oficiales –por la mañana Bergen Belsen, por la tarde Bitburg– servía para negar implícitamente la singularidad de los criminales nacionalsocialistas; y el apretón de manos de los generales veteranos en presencia del presidente americano era, en fin, una confirmación de que en la lucha contra el bolchevismo siempre estuvimos en el lado adecuado. Entre tanto hemos vivido debates penosos, más ulcerantes que clarificadores: sobre los museos históricos en proyecto, sobre la representación de una obra de Fassbinder, sobre un monumento nacional tan superfluo como un grano. Y encima Ernst Nolte se queja de que no se le abran de par en par las puertas a Bitburg y de que no se profundice lo suficiente en la dinámica comparativa: «el miedo a las acusaciones de “contabilidad macabra”, o a hacer comparaciones en general, ha impedido que se plantee la simple pregunta de qué habría pasado si en 1953 un canciller federal se hubiese negado a visitar el cementerio militar de Arlington aduciendo que también estaban enterrados allí soldados que habían tomado parte en los ataques terroristas contra la población civil alemana.» (*FAZ*, 6 junio 1986). Si se reflexiona sobre los supuestos implícitos en este ejemplo, de construcción tan sorprendente, uno se queda perplejo ante la naturalidad con la que un historiador alemán de renombre internacional hace sus cuentas y contrapone Auschwitz a Dresden.

Esta mezcla de lo que todavía se puede enunciar con lo indecible tiene mucho que ver con una necesidad que se intensifica a medida que se agranda la distancia histórica. En todo caso, existe hoy una necesidad inconfundible que es la que los autores de la serie de la televisión

de Baviera sobre «Los alemanes en la Segunda Guerra Mundial» («*Die Deutschen im Zweiten Weltkrieg*») presuponían en sus espectadores de más edad: el deseo de arrancar la vivencia subjetiva de la época de guerra de un contexto que retrospectivamente daría a todo, de manera inevitable, un significado completamente distinto. Este deseo de rememoraciones fuera de contexto desde la perspectiva de los veteranos puede satisfacerse ahora también con la lectura de la reconstrucción que ha hecho Andreas Hillgruber de lo acaecido en el frente oriental en 1944-1945. El autor se plantea el «problema de la identificación», poco habitual en un historiador, porque se propone adoptar la perspectiva de las vivencias de las tropas combatientes y de la población civil afectada. Tal vez sea cierto que la obra de Hillgruber transmite en conjunto otra impresión. Pero el breve libro que ha publicado en la editorial Siedler (*Zweierlei Untergang*) no va dirigido a lectores especializados que serían capaces de situar en el contexto adecuado su análisis comparativo de la «destrucción del Reich alemán» y «el fin del judaísmo europeo».

Los ejemplos muestran que la historia, pese a todo, no se detiene. La muerte imperativa afecta también a la vida mutilada. En comparación con hace cuarenta años, cuando Karl Jaspers publicó su famoso tratado *Die Schuldfrage* [La culpabilidad alemana], nuestra situación ha cambiado radicalmente. A la sazón se trataba de distinguir entre la culpa individual de los perpetradores y la responsabilidad colectiva de aquellos que –aunque fuese por motivos harto comprensibles– no habían hecho nada por impedir lo que sucedía. Pero esta distinción ya no afecta al problema de los nacidos después, a los que no se puede cargar con el pecado de omisión de sus padres y abuelos. ¿Acaso tienen también ellos un problema de responsabilidad compartida?

Las cuestiones de Jaspers hoy

En pie sigue el simple hecho de que también los nacidos después han crecido en el seno de una forma de vida en la que *aquello* fue posible. Nuestra propia existencia está ligada con ese contexto vital en el que Auschwitz fue posible no por circunstancias contingentes, sino íntimamente. Nuestra forma de vida está vinculada con la forma de vida de nuestros padres y abuelos a través de una trama casi inextricable de transmisiones familiares, locales, políticas y también intelectuales, es decir, a través de un medio histórico que es el que nos ha hecho ser lo que somos y quien somos. Ninguno de nosotros puede desprenderse de este medio porque nuestra identidad, como individuos lo mismo que como alemanes, está indisolublemente ligada a él. Esto va desde la mímica y los gestos corporales, pasando por el idioma, hasta las ramificaciones capilares del trabajo intelectual. Como si yo, por ejemplo, cuando enseñé en universidades extranjeras, pudiera renegar de una mentalidad determinada, marcada por un movimiento de ideas profundamente alemán que va de Kant a Marx y a Max Weber. Debemos atenernos así pues a nuestras tradiciones, si no queremos negarnos a nosotros mismos. En que no hay motivo para este tipo de maniobras de alejamiento es algo en lo que puedo estar de acuerdo incluso con el señor Dregger. Pero ¿qué se sigue de esta vinculación existencial con tradiciones y formas de vida envenenadas por aquellos crímenes indecibles? De tales crímenes pudo hacerse una vez responsable, en el sentido jaspersiano de la corresponsabilidad colectiva, a toda una población civilizada, orgullosa del Estado de derecho y de su cultura humanista. ¿Se transmite también algo de esta responsabilidad a la siguiente generación y a la otra? Son dos las razones por las que, a mi juicio, hay que responder afirmativamente a esta pregunta.

Está de entrada el deber que tenemos en Alemania –aun si nadie más lo asumiera– de mantener viva la memoria de los sufrimientos de los asesinados a manos de alemanes, y de hacerlo sinceramente, y no sólo de manera cerebral. Estos muertos tienen derecho a la fuerza anamnésica, por débil que sea, de una solidaridad que los nacidos después sólo pueden ejercer ya en el contexto de una memoria siempre renovada, a menudo desesperada, en todo caso obsesiva. Si no obedeciésemos a este imperativo benjaminiano, nuestros conciudadanos judíos, y en general los hijos e hijas y los nietos de los asesinados no podrían respirar en nuestro país. Esto tiene también implicaciones políticas. En cualquier caso, no veo cómo podría «normalizarse» en un plazo previsible la relación de la República Federal con, por ejemplo, Israel. Es cierto que algunos ponen el «deber de memoria» sólo en los títulos, mientras que en los textos que siguen se denuncian las manifestaciones públicas de dicho sentimiento como rituales de falsa sumisión y gestos de humildad hipócrita. Me sorprende que estos señores no sepan distinguir siquiera –si tenemos que hablar en términos cristianos– entre humildad y arrepentimiento.

Pero la controversia actual no versa sobre el deber de memoria, sino sobre la cuestión más narcisista de saber qué actitud conviene adoptar –para nuestro propio bien– con respecto a nuestras tradiciones. Si no logramos una respuesta exenta de ilusiones, el propio recuerdo de las víctimas se convertirá en una farsa. En la visión oficial que la República Federal daba de sí misma había hasta ahora una respuesta clara y simple. No era diferente la respuesta de Weizsäcker de la de Heinemann o de Heuss. Después de Auschwitz sólo podemos basar la conciencia nacional en la reapropiación de nuestras mejores tradiciones históricas, pero contempladas críticamente, no de manera ingenua. No podemos seguir construyendo un contexto nacional de vida que toleró una vez una agresión inaudita contra la sustancia misma de la solidaridad humana más que a la luz de tradiciones que resistan la prueba de una mirada instruida por esta catástrofe moral, de una mirada incluso desafiante. En otro caso no podremos respetarnos a nosotros mismos ni esperar el respeto de los demás.

Estas eran hasta aquí las premisas de la visión oficial que tenía de sí misma la República Federal. El consenso se rompe hoy por parte de la derecha. Se teme, en efecto, una consecuencia: la apropiación crítica de la tradición realmente no promueve la confianza ingenua en la moralidad de condiciones sociales que se basan sólo en la fuerza de la costumbre; no ayuda en nada a la identificación con modelos no sometidos a examen. Martin Broszat sitúa con razón aquí el punto en el que se dividen los espíritus. El periodo nazi nos bloqueará menos en la medida en que lo contemplemos serenamente como el filtro a través del que ha de pasar la sustancia cultural, asumida voluntariamente y con plena conciencia.

Contra esta continuidad de la visión de sí misma de la República Federal se alzan hoy Dregger y sus correligionarios. A mi modo de ver, su malestar se nutre de tres fuentes.

Tres fuentes del malestar

En primer lugar, las interpretaciones neoconservadoras de la situación tienen un papel. Según esta visión, el rechazo moralizador del pasado reciente distorsiona una mirada nítida sobre la milenaria historia anterior a 1933. Sin tener en cuenta esta historia nacional sometida a «interdicción intelectual» resulta imposible elaborar una imagen positiva del país. Sin identidad colectiva se debilitan las fuerzas de la integración social. La lamentada «desme-

moria histórica» contribuiría incluso a los déficit de legitimación del sistema político, que constituyen una amenaza a la paz social en el interior y a la confianza en el exterior. Se justifica así el papel compensatorio de «aportar sentido» a los desarraigados por la modernización que debería ejercer la historiografía. Ahora bien, esta reapropiación identificatoria de la historia nacional requiere relativizar la importancia del periodo nazi y su carga negativa; ya no basta, en esta perspectiva, poner ese periodo entre paréntesis, ahora hay que rebajar su abrumadora significación.

Existe, en segundo lugar, un motivo de más hondo calado para un revisionismo minimizador, con total independencia de consideraciones funcionalistas al estilo de Stürmer. Dado que no me dedico a la psicología social, sólo puedo aventurar suposiciones a este respecto. Edith Jacobson ha desarrollado de manera muy penetrante la idea psicoanalítica según la cual el niño, a medida que crece, debe aprender a conciliar las experiencias que hace con una madre afectiva y protectora con las nuevas experiencias que le procura el trato con una madre que se le niega y se le sustrae. Evidentemente se trata de un largo y doloroso proceso en el que aprendemos a combinar las imágenes inicialmente concurrentes de los padres buenos y malos hasta componer imágenes más complejas de *las mismas* personas. El débil yo gana en fuerza sólo con el trato no selectivo con un entorno cargado de ambigüedad. Esta necesidad de reducir las correspondientes disonancias cognitivas persiste también en los adultos. Es tanto más comprensible cuanto más se alejan los extremos; por ejemplo, las impresiones positivas y deudoras de una experiencia muy intensa con respecto al propio padre o a los hermanos y los elementos problematizadores que nos aportan informes abstractos acerca de contextos de acción e implicaciones de estas personas tan cercanas. Así, quienes experimentan la necesidad de liberar el destino colectivo en el que nuestros seres más próximos estuvieron implicados de las hipotecas morales absolutamente insólitas que pesan sobre él, no son en modo alguno personas insensibles en materia moral.

El tercer motivo se sitúa también en otro plano; se trata de la lucha por la recuperación de tradiciones dudosas. Mientras la mirada de reapropiación se dirija a las ambivalencias, que los nacidos después llegan a conocer sin mérito por su parte gracias al saber acumulado acerca del proceso histórico, resultará imposible sustraerse a la fuerza retroactiva de una recepción corrupta incluso sobre obras ejemplares. Después de 1945 ciertamente leemos a Carl Schmitt y a Heidegger, a Hans Freyer e incluso a Ernst Jünger, de manera diferente a antes de 1933. Esto es a veces difícilmente digerible, en particular para mi generación, que después de la guerra, en el prolongado periodo de latencia que duró hasta finales de los años 50, estuvo bajo el influjo intelectual de figuras sobresalientes de este jaez. Tal vez podría explicar esta circunstancia, digámoslo de pasada, los persistentes esfuerzos de rehabilitación que se dedican —no sólo por parte del *Frankfurter Allgemeine Zeitung*— al legado de los jóvenes conservadores.

Cuarenta años después, por tanto, la querrela que Jaspers a duras penas consiguió arbitrar en su época ha resurgido bajo otras formas. ¿Puede aceptarse la sucesión jurídica del Reich alemán, pueden proseguirse las tradiciones de la cultura alemana, sin asumir a la vez la responsabilidad histórica por la forma de vida en la que Auschwitz fue posible? ¿Puede mostrarse responsabilidad por el contexto de formación en los que tales crímenes, con los que está entrelazada históricamente nuestra propia existencia, de otro modo que no sea la memoria solidaria de lo irreparable, de otra manera que no sea una actitud reflexiva y crí-

tica ante las propias tradiciones constitutivas de identidad? ¿No puede decirse, de manera general, que el deber de reconciliar, de realizar un trabajo de duelo y un examen autocrítico es tanto mayor para las generaciones sucesivas cuanto más haya fallado el marco colectivo de vida a la hora de garantizar la solidaridad en el interior y cuanto más se haya mantenido, en el exterior, por la usurpación y la destrucción de vidas ajenas? ¿Y no nos prohíbe precisamente esta frase rebajar la responsabilidad que nos corresponde, y de la que nadie nos puede descargar, mediante comparaciones niveladoras? He aquí la cuestión de la singularidad de los crímenes nazis. ¿Qué debe pasar en la cabeza de un historiador que pretende que yo me habría «inventado» esta cuestión?

Nuestra intervención en la discusión acerca de la repuesta adecuada se realiza en primera persona. Conviene no confundir esta arena, en la que entre nosotros nadie puede pretender que es neutral, con la discusión entre científicos, que han de adoptar en su trabajo la perspectiva de observación propia de la tercera persona. La cultura política de la República Federal se ha visto sin duda influida por el trabajo comparativo de los historiadores y de otros especialistas de las ciencias humanas, pero los resultados del trabajo científico, con un regreso a la perspectiva de los implicados, sólo ha llegado al caudal público de la apropiación de las tradiciones por el canal de los mediadores y de los medios de comunicación. Sólo aquí las comparaciones pueden convertirse en contabilidad y ajustes de cuentas. La indignación un tanto infantil acerca de la pretendida confusión entre ciencia y política desplaza el tema a una vía totalmente equivocada. Nipperdey y Hildebrand se confunden de cajón o de destinatario. Viven a lo que parece en un entorno ideológicamente cerrado que resulta del todo inasequible a la realidad. No es ya Popper *versus* Adorno, no se trata de controversias epistemológicas, el tema no es la neutralidad axiológica. De lo que se trata es del uso público de la historia.

Las comparaciones se convierten en ajustes de cuentas

Pese a que soy ajeno a la disciplina histórica, espero no equivocarme si afirmo que han cristalizado en ella básicamente tres posiciones: la primera describe la época nazi desde el punto de vista de la teoría del totalitarismo; la segunda lo hace centrándose en la persona y la visión del mundo de Hitler; la tercera se fija en las estructuras del sistema político y social. Sin duda las diferentes posiciones se adecuan más o menos a una intención relativizadora y minimizadora aportada desde fuera. Pero incluso el punto de vista que se centra en la persona de Hitler y su delirio racial sólo resulta eficaz como revisionismo banalizador, orientado en especial a disculpar a las elites conservadoras, cuando es presentado desde la perspectiva correspondientes y con el tono apropiado. Lo mismo sucede con la comparación entre los crímenes nazis y las liquidaciones a cargo de los bolcheviques, incluso con la abstrusa tesis de que el Archipiélago Gulag fue «más original» que Auschwitz. Sólo cuando un diario publica un artículo en este sentido puede tomar la cuestión de la singularidad de los crímenes nazis para nosotros, que tomamos parte en la apropiación de tradiciones desde la perspectiva de implicados, la significación que la hace tan explosiva en el presente contexto. En el espacio público, para la educación política, para los museos y la enseñanza de la historia, la cuestión de la fabricación apologética de imágenes de la historia se plantea como una cuestión directamente política. ¿Debemos proceder con ayuda de comparaciones históricas a una contabilidad macabra para sustraernos de la responsabi-

lidad por formar parte de la comunidad de riesgo que son los alemanes? Joachim Fest lamenta (en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 26 de agosto de 1986) la falta de sensibilidad «con la que desde el escritorio de algunos profesores se procede a seleccionar víctimas». Esta frase, la más inquietante de un artículo inquietante, sólo puede volverse contra el propio Fest. ¿Por qué da curso oficial y ante una gran audiencia a ese tipo de cálculos comparativos que hasta ahora solo circulaban en los medios de extrema derecha?

Y esto, bien lo sabe Dios, no tiene nada que ver con ningún tipo de prohibiciones de plantear preguntas por parte de la ciencia. Si la disputa, que ahora prosigue con las respuestas de Eberhard Jäckel, Jürgen Kocka (en el *Frankfurter Rundschau* del 23 de septiembre) y Hans Mommsen (en *Blätter für deutsche und internationale Politik*, octubre de 1986), hubiera tenido lugar en una revista especializada, no me habría sentido afectado; de hecho, no me habría encontrado con el debate. Ciertamente la mera publicación del artículo de Nolte por el FAZ no es, como dice con sorna Nipperdey, ningún pecado, pero marca sin duda una inflexión en la cultura política y en la autocomprensión de la República Federal. Como una señal en este sentido fue percibido, por lo demás, ese artículo también en el extranjero.

No se reduce el alcance de esta inflexión relacionando, como hace Fest, la significación moral que tiene Auschwitz para nosotros con una preferencia por las interpretaciones de la historia más bien optimistas o más bien pesimistas. Las interpretaciones pesimistas de la historia sugieren consecuencias prácticas que difieren según se adscriban las constantes del mal a la perversa naturaleza humana o que sean consideradas como un producto social: Gehlen contra Adorno. Y las llamadas interpretaciones optimistas no siempre están fijadas en el «hombre nuevo», desde luego; sin su meliorismo, como es bien sabido, no hay manera de entender la cultura americana. Existen, en último término, instituciones menos unilaterales. Si el progreso histórico consiste en mitigar, eliminar o impedir los sufrimientos de un ser vulnerable y la experiencia histórica nos enseña que de los progresos históricos finalmente alcanzados suelen seguirse nuevos males, hay motivos para suponer que el equilibrio de lo soportable sólo se mantendrá si desplegamos todas nuestras fuerzas a favor de los progresos que están a nuestro alcance.

En las primeras semanas mis contradictores han eludido un debate de fondo, de contenidos, tratando de cuestionar mi credibilidad científica. Como la discusión ha derivado entretanto a la consideración de hechos, no me parece oportuno volver en este punto a este tipo de acusaciones infundadas. Para familiarizar a los lectores de *Die Zeit* con una técnica de diversión que uno esperaría encontrar más en políticos en plena vorágine que en científicos y publicistas en sus escritorios, mencionaré sólo un ejemplo. Joachim Fest afirma que, en cuanto al fondo, atribuyo a Nolte una tesis que él no mantiene en absoluto: Nolte no niega para nada «la singularidad de las acciones de exterminio de los nacionalsocialistas». En realidad éste había escrito que esos crímenes masivos fueron mucho más irracionales que sus modelos ruso-soviéticos: «Todo eso» —así resume sus argumentos— «constituye su singularidad», para después proseguir: «pero esto no cambia nada en el hecho de que el llamado exterminio de los judíos durante el Tercer Reich fue una reacción o una copia deformada, pero no un acto inaugural o un hecho original». El benevolente colega Klaus Hildebrand alaba también en la *Historische Zeitschrift* precisamente este artículo como un trabajo pionero porque «trata de explicar la aparente singularidad a partir de la historia del Tercer Reich». Yo estaba incluso inclinado a aceptar esta versión, que hace de todas las

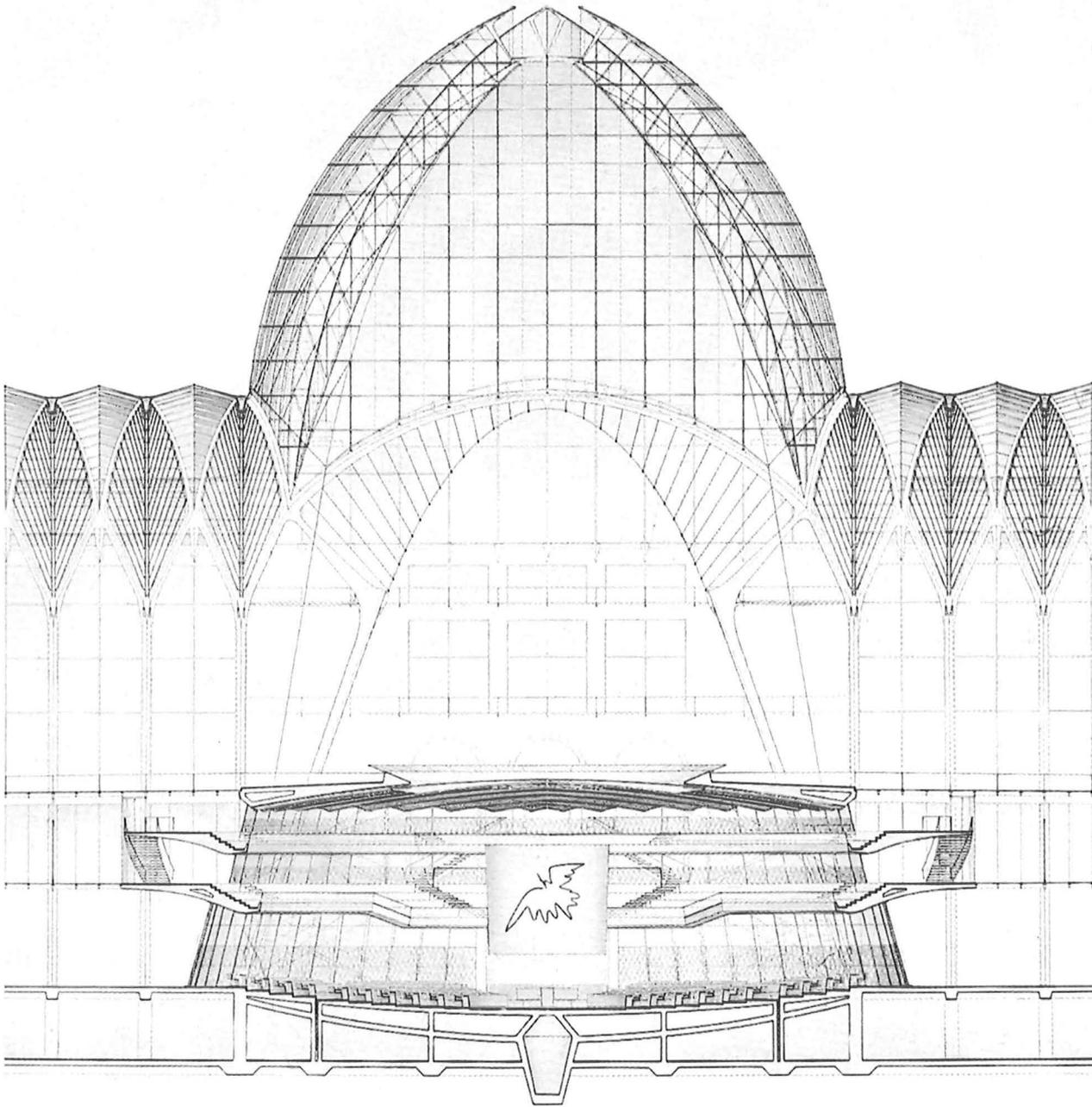
afirmaciones en contrario una especie de cláusulas de salvaguardia, y tanto más cuanto que entretanto Nolte había escrito en el FAZ la frase que había desencadenado realmente la controversia y que reducía la singularidad de los crímenes nazis única y exclusivamente al «procedimiento técnico del gaseado». En forma de pregunta Fest incluso borra esta diferencia. Con referencia explícita a las cámaras de gas, pregunta: «¿Puede decirse realmente que aquellas liquidaciones masivas con tiros en la nuca que durante años fueron habituales en la época del Terror Rojo son algo cualitativamente distinto? A pesar de todas las diferencias, ¿no destacan sobre todo los aspectos comparables?»

Acepto la observación de la caracterización apropiada del bárbaro proceso que afectó a los kulaks es «aniquilación» y no «deportación», pues el avance del conocimiento implica un aprendizaje mutuo. Pero los ajustes de cuentas que han planteado Nolte y Fest ante un público amplio no tienen como objetivo el avance del conocimiento. Afectan a la moral política de una comunidad política que –después de haber sido liberada por las tropas aliadas sin haber hecho nada por su parte– se edificó en el espíritu de la concepción occidental de la libertad, la responsabilidad y la autodeterminación ■

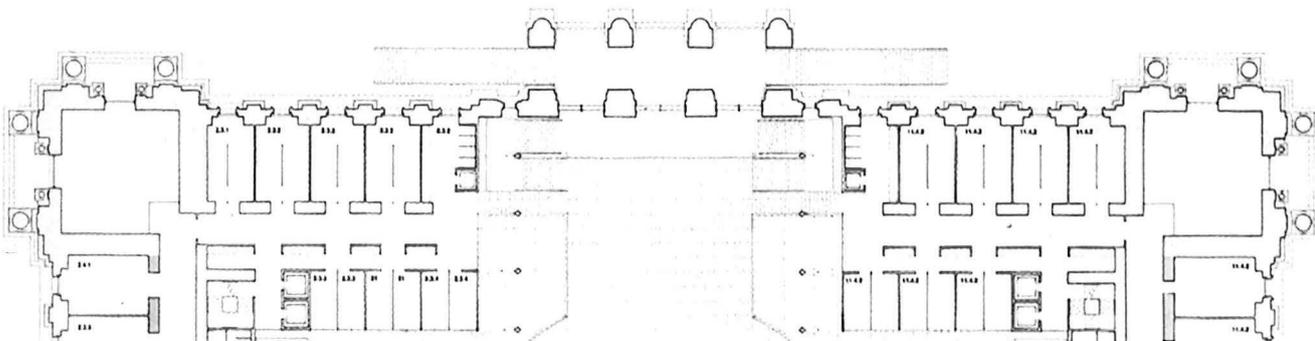
□ Traducción de Gustau Muñoz

Realisierungswettbewerb
 Umbau Reichstagsgebäude zum
 Deutschen Bundestag

Die transparente Glas- und Stahlkonstruktion
 der Kuppel ist ein zeitgenössisches Zeichen
 im Stadtbild



ÜBERSCHNITT DER KUPPEL
 UND DES PLEHARSAALES
 1:100





ARTISTI DI
SCIENZA
SMIGRATOR

E 42 XX
CIVILTA ITALIAN